

ORACIÓN POR LA IGLESIA

Señor Jesús, que nos has llamado en serio a continuar tu Creación y a construir tu Iglesia, dotándonos de la inteligencia y libertad para que pensemos contigo los fines y contigo recorramos los medios y los caminos que a ellos conducen, en tu Espíritu: danos a todos la luz, para que veamos la manera más eficaz de ser semilla de tu Palabra aquí y ahora, en esta hora intensamente histórica de la Iglesia que Tú alumbraste con los fecundos dolores de tu cruz y el poder glorioso de tu Resurrección.

Envíanos tu Espíritu, Señor, que nos abre los ojos para ver el daño que hace en los campos sembrar desde el poder que ordena, impone, juzga y condena, en lugar de hacerlo desde el amor (como todo amor, indefenso y vulnerable), que tan sólo invita, acompaña, sonrío, confía, ayuda, no desaparece jamás, comprende sin límites, perdona sin límites y respeta sin límites.

Pedimos perdón, Señor, por los siglos de errores que hemos cometido desde el poder, olvidando que el único poder que nos encomendaste fue el de servir en el amor y desde el amor, humildemente, compartiendo gratis lo gratis recibido. Danos la fuerza interior suficiente para no necesitar nunca la fuerza exterior de la coacción, para que nuestra evangelización no sea portadora de malas noticias para la humanidad.

Enséñanos a dejar crecer a aquellos a los que anunciamos tu mensaje, sabiendo desaparecer a tiempo, antes de que comencemos a obstaculizar su crecimiento, con el bienintencionado engaño de que somos imprescindibles para mediar entre ellos y Tú. Déjanos sólo las sandalias, Señor, el cayado y el largo silencio entre ciudad y ciudad, donde habitan los seres humanos a los que ha de servir nuestra visita.

Que nuestra bondad, por tu gracia, dé credibilidad a nuestra confesión ante quienes nos escuchan, credibilidad sin la cual nuestra confesión carecerá de la capacidad de evangelizar y sólo servirá para alejarnos de aquellos a los que decimos servir. Tú, que nos enviaste con el tesoro a costas de la generosidad de tu sangre en nuestros vasos de barro frágil, haz que seamos dignos de ofrecer al mundo tu amor.

Y tú, Pedro amigo, el primer servidor de la Iglesia, que supiste aprender y arrepentirte, y llorar y dialogar y preguntar y cambiar de planes e impulso del Espíritu, y dar finalmente con tu vida testimonio de la Vida del Señor, no dejes de poner tu mano de rudo pescador sobre nuestras manos para guiar el timón de la barca de la Iglesia que contigo inició su andadura.

Dile a María, por favor, que estuvo con vosotros el día que vino el Espíritu, que nos acompañe también a nosotros para pasar, con su misma luz y su misma llama, de la Iglesia que tiene que irse a la Iglesia que tiene que venir.

Amén.